

Stanhope. Se engaña Vd. muy mucho; siempre hace más de lo que dice. Nunca se ha encolerizado conmigo, pero si yo lo irritase, jamás me perdonaría; sería inflexible; y bien podría yo escribir, rogar y suplicar, seguro de que todo sería inútil.

Inglés. Sólo diré que es un zorro machucho. ¿Y qué, tiene Vd. también que obedecer las órdenes de ese espía, de ese..... cómo se llama..... M. Harte?

Stanhope. Justamente.

Inglés. Eso es dejarse rellenar la cabeza de griego, latín, lógica y demás jerigonza. Pardiez, yo también tengo un argos de igual calaña, pero jamás tomo un libro con él; ni aun siquiera le he visto la cara en toda la semana y me importa un bledo no vérsela más.

Stanhope. Mi argos no exige de mí nada que no sea racional ó provechoso, y por lo mismo me complazco en su compañía.

Inglés. ¡Bravo y qué sensatez! de esta manera pasará Vd. por joven aprovechado y discreto.

Stanhope. Enhorabuena, eso no me hará daño.

Inglés. ¿Querrá Vd. pues, acompañarnos mañana en la noche? Somos ya diez; he mandado solicitar el mejor vino y pasaremos el tiempo de la manera más agradable.

Stanhope. Lo agradezco mucho, pero tengo comprometida toda la tarde de mañana, primero en casa del cardenal Albani, y después estoy convidado á cenar en casa de la embajadora de Venecia.

Inglés. ¿Cómo diantre puede Vd. amar la compañía de estos extranjeros? Yo jamás me uno á ellos ni puedo ver sus formalidades y ceremonias. Nunca me hallo á mi gusto con ellos, y sin saber por qué, su presencia me inspira vergüenza.

Stanhope. Pues yo ni me avergüenzo ni me intimido; estoy muy á mi gusto con ellos y ellos muy contentos conmigo; su conversación me procura el conocimiento de sus idiomas y la ocasión de observar sus caracteres. ¿Y no es éste, en verdad, el objeto que nos proponemos al viajar?

Inglés. Yo detesto la compañía de esas mujeres modestas, de esas muñecas de gran tono; nunca me ocurre nada que decirles.

Stanhope. ¿Ha conversado Vd. algunas veces con ellas?

Inglés. Nunca converso con ellas; pero algunas veces me he visto en su compañía muy contra mi voluntad.

Stanhope. Pero á lo menos estas mujeres no han hecho á Vd. ningun daño, cosa que no es probable pueda Vd. decir de aquellas con quienes conversa.

Inglés. Convengo en ello; mas con todo, prefiero la compañía de mi cirujano durante seis meses, que la conversación de todo un año con esas mujeres de gran tono.

Stanhope. Sobre gustos no hay disputa, cada uno sigue los que le acomodan.

Inglés. Es cierto, mas el de Vd. amigo, es de lo más estafalario: toda la mañana con el argos, toda la tarde en compañías elegantes, en una palabra, todo el día temeroso del viejo papá de Inglaterra. Vd. es un hombre original con quien me temo no es posible hacer nada.

Stanhope. Yo también lo temo así.

Inglés. Pues entonces agur; y espero que no llevará Vd. á mal que esta noche me embriague como ciertamente sucederá.

Stanhope. De ninguna manera, ni que esté Vd. malo mañana por la mañana, como ciertamente sucederá, y así buenas noches.

Observarás que no he puesto en tu boca ninguno de aquellos buenos argumentos que en tal ocasión no dudo te ocurrirían, como reverencia y afecto á mí, consideración y amistad á M. Harte, respeto á tu carácter moral y á todos los otros deberes de hombre, de hijo, de pupilo y de ciudadano. Estos sólidos argumentos serían inútiles con cabezas tan vacías. Abandónalas á su ignorancia y á sus sucios é infames vicios, cuyos efectos resentirán severamente cuando ya no sea tiempo de remediarlos. Privados del refugio consolador del saber, cargados de todas las enfermedades y padecimientos de un estómago arruinado, ó de un cuerpo podrido, sufrirán, si es que llegan á viejos, la ignominia é incomodidades de su vida pasada. El ridículo que derraman tales gentes sobre aquellos que no las imitan, es, en opinión de todos los hombres sensatos, el panegírico más grato y verdadero. Prosigue pues, mi amado hijo, por el sendero en que has entrado; año y medio más de estudio es todo lo que te pido, prometiéndote que cumplido este plazo serás dueño de tu voluntad, y no reclamaré más título que el de tu mejor y más íntimo amigo; no recibirás órdenes mías, sino consejos; y en verdad que sólo tendrás necesidad de ciertos consejos que tu juventud é inexperiencia harán aún indispensables. Tendrás todo lo necesario para tus comodidades y placeres, bien entendido de que hablo de los placeres de un *honnête homme*, que sentiría yo no disfrutases.

Mientras aprendes con celo el italiano, no dejes de la mano el alemán, aprovechando las muchas ocasiones que se te presentarán de hablarlo. También deseo que cuides de refrescar lo que has

aprendido del *jus publicum imperii*, echando de tiempo en tiempo algunas ojeadas sobre los inestimables manuscritos que has compuesto sobre la materia, según me ha informado Sir Ch. Williams, que llegó aquí la semana pasada. Esto te será muy útil el día que tomares parte en los negocios extranjeros, como la tomarás, si eres idóneo, á una edad en que ninguno los ha manejado; es decir, antes de cumplir diez y ocho años. Sir Charles dice que responde de tu saber, y que no duda que adquirirás aquella destreza y aquellas gracias que son tan necesarias para dar á la erudición todo su lustre y valor. Confiesa sin embargo, que tiene más confianza en lo primero que en todo lo demás. La justicia que hace á M. Harte en las alabanzas que le da, me hace esperar que hay mucha parte de verdad en los encomios que te prodiga. ¿Te es grata y te causa cierto orgullo la reputación que ya has adquirido? Seguramente que sí, porque yo mismo siento estos efectos. ¿Querrías pues, hacer ahora alguna cosa que empañase tu gloria? Sin duda que no; al contrario, estoy persuadido de que harás cuanto de ti dependa para consolidarla y extenderla. Año y medio más de aplicación igual á la que has tenido los dos últimos años, dedicando únicamente al estudio la mitad del día, labrarás tu fortuna y brillarás en el mundo más temprano que cuantos en él han figurado. Á Dios.

LONDRES, 22 de Septiembre de 1749.

MI QUERIDO HIJO.

Si creyese yo en pociones amatorias, sospecharía que has dado algunas á Sir Ch. Williams, por la manera con que se expresa de ti, no sólo conmigo, sino con todo el mundo. No quiero repetirte lo que me ha dicho sobre la extensión y exactitud de tus conocimientos por no llenarte de vanidad, ó persuadirte de que ya tienes bastante de lo que nadie puede adquirir demasiado. Figúrate qué de preguntas no le habré hecho, y el severo escrutinio con que lo he examinado acerca de ti. Me atrevo á decir que sus respuestas han sido verídicas, y tales como de antemano podría yo haber apetecido. Satisfecho enteramente de sus informes sobre tu carácter y tu saber, traté de averiguar otras materias, menos importantes en verdad, pero de gran consecuencia para todo hombre, y para ti más que para ningún otro; quiero decir, tu talante,

tus maneras y todo tu exterior. La verdad que le guió en sus primeros informes, le obligó á darme sobre estas materias, respuestas menos satisfactorias; y como por amistad á ti y á mí, se creyó obligado á decirme las verdades agradables como las desagradables, también yo, por el mismo principio, me creo obligado á repelírtelas.

Díjome pues, que eres habitualmente de lo más distraído en la sociedad, que entras en un salón y te presentas con la mayor torpeza; que en la mesa dejas caer constantemente los cuchillos, tenedores, servilletas, pan etc. y que descuidas tu persona y vestido hasta un grado imperdonable en toda edad, y mucho menos en la tuya.

Por fútiles que puedan aparecer estas cosas á las gentes que no conocen el mundo ni la naturaleza humana, son muy penosas para mí que conozco su importancia. Mucho tiempo há que desconfiaba yo de ti en este punto; por eso te he dirigido frecuentes amonestaciones, y francamente te digo que no me tranquilizaré, hasta no recibir noticias muy diferentes. Nada en mi concepto es más ofensivo en la sociedad, que esa distracción, y esa falta de cuidado á lo que se dice ó hace, porque es manifestar á las gentes el mayor desprecio, cosa que jamás perdonan. Ninguno es distraído con el hombre á quien teme ó con la mujer que ama, siendo esto una prueba de que todos podemos hacernos superiores á esta distracción, cuando nos tiene cuenta; y te fio mi palabra que esta atención es siempre útil y ventajosa. Por lo que á mí toca, mejor querría estar en compañía de un muerto que vivir con un distraído, porque si el muerto no me procura placer, á lo menos no me manifiesta desprecio; á la vez que el distraído me dice claramente, aunque sin hablar, que no me considera digno de su atención. Por otra parte ¿puede un hombre distraído hacer observaciones sobre los caracteres, las costumbres y las maneras de la compañía? No: frecuentará toda su vida las mejores sociedades (si lo admiten, lo cual no haría yo ciertamente), sin adelantar un ápice en el conocimiento del mundo. Nunca conversaré yo con un hombre distraído, porque valdría tanto como hablar á un sordo; y es en efecto un error dirigirnos á un hombre que claramente apercibimos que ni ve, ni oye, ni entiende. Además, yo sostengo que ningún hombre es á propósito para manejar negocios ni para conversar, si no puede ó no quiere fijar su atención sobre el objeto presente, sea el que fuere. Tú sabes por experiencia que no me duele gastar el dinero en tu educación, pero de ninguna manera

quiero mantener á tu lado un despertador (*a flapper*). Lee en el doctor Swift la descripción de estos despertadores y los servicios que prestan á los habitantes de Laputa, cuyas almas, dice Gulliver, se hallan absortas en contemplaciones tan profundas, que no pueden hablar ni atender á los discursos de otros, á menos que no se les despierte por medio de un toque en los órganos de la palabra y del oído, por cuya razón, las personas pudientes entre aquellos habitantes, tienen siempre un despertador en el número de sus criados, y jamás salen á paseo ó visita sin que los acompañe. Este despertador tiene también orden de seguir á su amo por todas partes, y cuando el caso lo exige, tocarle los ojos, porque la profunda meditación en que se halla absorto, lo expone á caer á cada paso en precipicios y á romperse la cabeza contra un poste, ó bien á antecoger en la calle á las gentes ó ser antecogido por ellas. Si tu criado *Christián* quisiere agregar esta ocupación á sus servicios, sea enhorabuena, pero no aumentaré un solo maravedí á su salario. En definitiva, claramente te prevengo que si cuando nos veamos hallo que padeces distracciones de alma, pronto estaré yo ausente de cuerpo, porque me será imposible permanecer en el mismo lugar que tú; y si en la mesa dejas caer el cuchillo, pan, platos etc., y estás media hora picando el alón de una ave sin poder separarlo, ó metes, durante la operación, tu manga en otro plato, tendré que levantarme de la mesa para evitar la fiebre que ciertamente me acometería. ¡Dios mio! ¡cuánto no me chocaría verte entrar en mi aposento, por primera vez, con dos piernas tuertas, mostrando todas las gracias y toda la dignidad de un sastre, y tus vestidos pendientes de tu cuerpo, á guisa de los que vemos colgados en las perchas de los baratillos! Pero no: espero y exijo que te presentes con el garbo y desembarazo de un hombre distinguido que ha frecuentado la buena compañía. Me prometo encontrarte no sólo bien vestido, sino muy bien puesto; espero gracia en tus movimientos y cierto atractivo muy particular en tus maneras. De tu cuidado y atención depende que encuentre yo todo esto; pero hablando en oro puro, si me viere chasqueado, nuestras conversaciones no serán muy largas, porque me es imposible soportar el descuido ó la torpeza, y mi salud padecería. Varias veces has visto, y yo te he hecho notar, las increíbles torpezas de L*** absorto, como un habitante de Laputa, en intensa meditación, y quizá no meditando á veces nada, como por lo común me parece sucede á los distraídos. Á primera vista no conoce á sus más íntimos amigos, ó les responde como si estu-

viere enfadado con ellos; deja su sombrero en un aposento, su espadín en otro, y dejaría sus zapatos en un tercero, si sus hebillas, aunque puestas de través, no los sujetasen. Sus brazos y piernas van de tal manera, que se diría que han sufrido la *cuestión extraordinaria*; y su cabeza, inclinada sobre una ú otra espalda, parece que ha recibido el primer golpe sobre el tajo. Yo lo estimo sinceramente y aprecio su ingenio, su virtud y su saber; pero en Dios y en conciencia, no me es posible amarlo en sociedad. Tal será generalmente, en el curso ordinario de la vida, la suerte de todo hombre distraído ó descuidado, sean cuales fueren sus talentos y su mérito. Cuando yo tenía tu edad, deseaba brillar en todas las cosas cuanto me era posible y concedía tanta atención á mis modales, á mis vestidos y á mi aire en las concurrencias de por la noche, como á mi tutor y á mis libros por la mañana. Un joven debe tratar de distinguirse en todo, y aun arriesgarse á pasar más bien los límites para conseguirlo que á quedarse atrás. Estas cosas no son bagatelas, sino de infinita consecuencia para los que se destinan á correr el gran mundo y á hacer en él figura y fortuna. El mérito no basta; es necesario agradar. Un mérito despojado de las gracias exteriores no conducirá nunca lejos. En todo lugar en que hallares un buen maestro de baile, hazlo venir y que te enseñe á permanecer y andar sobre tus cuadriles; no tanto para bailar bien, como para que sepas presentarte con gracia y garbo en un salón. Las mujeres, á quienes debes tratar de agradar, no perdonan nunca una facha tosca y común, ni los movimientos groseros y descompasados; *lo que necesitan es brillo*. La generalidad de los hombres es como ellas, y se deja llevar por las mismas seducciones exteriores.

Me alegro mucho de que hayas recibido las hebillas de diamantes; la única recompensa que deseo es que brillen en tus pies *bien puestas*, y que no las oculten tus medias caídas. Sentiría yo mucho que llegases á ser un insigne petimetre, pero preferiría yo que lo fueses antes que verte desaseado. Aunque no estoy ya en edad de recomendarme por mi vestido, miro sin embargo, la negligencia en este punto, como una falta de consideración á las gentes. Mi tiempo de elegancia pasó; pero quiero que mis vestidos simples me vengán bien y se hallen hechos como los llevan los demás. Te recomiendo que frecuentes por la noche la compañía de mujeres elegantes y de gran tono, que tienen derecho á la atención y la exigen. Su compañía pulirá tus maneras y te acostumbrará á ser atento y respetuoso, lo cual te servirá de mucho entre los hombres.

Mi plan original ha sido que brilles, no sólo entre la gente instruída sino también entre la civil; la primera parte se halla casi terminada á medida de mis deseos, y espero que dentro de poco no faltará nada. En tu mano está completar la segunda, y me lisonjeo de que lo harás ó de otro modo la primera te serviría de muy poco, especialmente en la carrera que has elegido, porque en ella la destreza y las gracias exteriores hacen la mitad de la obra. Estas gracias son los anuncios del mérito, y sin ellas serás recibido con mucha frialdad. Todo el mundo se halla en estado de juzgar de las unas pero muy pocos son capaces de decidir sobre el otro.

M. Harte me dice que has crecido mucho después de tu enfermedad. Si llegas á cinco pies y nueve ó diez pulgadas, serás muy presentable; y si te vistes bien y eres despejado, agradarás á las gentes, lo cual es más útil de lo que se piensa ordinariamente. Lord Bacon llama á esto una perpetua carta de recomendación.

Desearía ver en ti el *omnis homo*, el hombre universal. Te hallas más cerca de serlo, si quieres, que ninguna otra persona de tu edad; y sólo con que en el curso del año entrante dediques toda tu atención á los estudios por la mañana, y á tus maneras, tu aire y tu talante en las asambleas por la noche, serás el hombre que yo apetezco y el rara vez visto.

Antes de separarte de Roma no olvides ser presentado al papa, y pasa por todas las ceremonias de uso, como besar su chinela, su asiento, ó su t..... si se ofrece. Nunca querría yo privarme de ver ó hacer una cosa que me causase placer, por rehusarme á cumplir con una costumbre establecida. Cuando yo me hallaba en países católicos, jamás excusé ponerme de rodillas en sus iglesias á la elevación, ó en cualquiera otro lugar en que se hallase expuesta la hostia consagrada. Esta condescendencia es debida á la costumbre del lugar, y de ninguna manera implica, como lo creen muchos ignorantes, aprobación tácita de su doctrina. Las actitudes y las situaciones corporales son cosas tan indiferentes en sí mismas, que no entraré yo en disputa con nadie sobre el particular. Este tributo de complacencia podría, en verdad, convenir menos á M. Harte en razón de su carácter.

Larguísima carta es ésta, y quizá muy fastidiosa, pero es tan grande mi desasosiego, particularmente en este período crítico y decisivo de tu vida, que siempre temo omitir ó difundirme demasiado en lo que me parece provechoso. Ten por ti la misma inquietud y todo irá bien. Á Dios, mi querido hijo.

LONDRES, 27 de Septiembre de 1749.

MI QUERIDO HIJO.

Pensar, hablar y obrar de una manera vulgar y común, son indicios de baja educación y de malas compañías. Los jóvenes contraen este hábito en la escuela ó entre los criados, con quienes conversan muy á menudo; pero es necesario que sean de lo más irreflexivos y faltos de atención, si no lo abandonan luego que comienzan á frecuentar las buenas compañías, ó de lo contrario éstas no los admiten. Las vulgaridades á que me refiero son infinitas para especificártelas todas, pero te pondré algunos ejemplos por medio de los cuales podrás adivinar las demás.

Un hombre vulgar es caviloso y suspicaz, vehemente y violento por bagatelas, sospecha que se le desprecia, cree que todo cuanto se dice se refiere á él: si acontece que la compañía ríe, se persuade que es por burlarse de él; entra en cólera y enojo; dice cosas impertinentes, y se enreda en dificultades para hacer ver que no le falta lo que él llama energía para sostener su honor. Un hombre acostumbrado al trato de gente fina, nunca cree ser el único ni el principal objeto de los pensamientos, miradas ó palabras de la compañía; jamás se imagina que las gentes se ríen de él, ó que lo desprecian, á menos que él mismo no conozca en su pecho que se lo merece; y si, cosa rara, la compañía es bastante grosera y necia para hacer uno ú otro, se le da un bledo, á menos que el insulto no sea tan claro é injurioso, que le obligue á pedir satisfacción de otra especie. Siendo este hombre superior á bagatelas, nunca se encoleriza por este principio, ni pierde su tranquilidad, sino que siempre que se trata de ellas, se muestra más pronto á ceder que á querellar. La conversación de un hombre vulgar tiene siempre fuertes resabios de la bajeza de su educación y de sus amistades; la hace recaer principalmente sobre sus negocios caseros, sus criados, el excelente orden que guarda en su familia y los cuentecitos y anécdotas de la vengidad; relatando todo esto enfáticamente, como si fuesen cosas de la mayor importancia, y sin notar que semejante parloteo es insoportable.

La trivialidad del lenguaje es otra señal de bajas compañías y de la baja educación (a). Nada evita un hombre fino con mayor

(a) Fuyez dans vos discours l'enflure et la bassesse;
Qu'ainsi qu'en vos habits rien ne soit affecté;

cuidado que este defecto. Los proverbios y los dichos trillados son las flores de retórica de un hombre vulgar. Si quiere decir que los hombres difieren en gustos, embellecerá este pensamiento valiéndose de aquel maravilloso refrán antiguo, como él lo llama: *lo que es sustento para uno, es veneno para otro*. Si alguno le habla en términos *picantes*, como él cree, *le paga en la misma moneda según acostumbra*. Tiene siempre alguna palabra favorita de curso actual de que abusa sin término, como *prodigiosamente* bondadoso, *prodigiosamente* hermoso, *prodigiosamente* feo, etc. Aun haciendo uso de palabras propias, adopta una pronunciación ridícula que da á conocer « la marca de la bestia ». Emplea á veces términos duros, estropeándolos como podría hacerlo una mujer bachillera. Un hombre fino y bien educado no acude nunca á proverbios ni á aforismos vulgares; tampoco usa términos favoritos ni palabras duras, sino que tiene cuidado de hablar correctamente según las reglas de la gramática, y de pronunciar como conviene, es decir, conforme al uso de las mejores compañías.

Los modales torpes, las posturas y acciones sin gracia y cierto aire bastardo, por decirlo así, proclaman altamente una educación común y el hábito de bajas compañías; porque es imposible suponer que un hombre pueda haberlas frecuentado, sin que haya adquirido á lo menos algo de su aire y de sus movimientos. Un recluta se distingue en un regimiento por su torpeza, pero es necesario que sea de lo más lerdo, si dentro de uno ó dos meses no puede á lo menos hacer el ejercicio ordinario y adquirir el aire de un soldado. Los atavíos mismos de un hombre de moda son penosos embarazos para el hombre vulgar. No sabe qué hacer con su sombrero cuando no lo tiene en la cabeza; su bastón, si por desgracia lo lleva consigo, está en perpetua guerra con cada taza de te ó de café que bebe: comienza por quebrarlas y las acompaña después en su caída; su espadín sólo es formidable á sus piernas, que probablemente le llevarían muy lejos de toda otra espada que la suya. Sus vestidos le vienen tan mal y le oprimen tanto, que más bien parece prisionero de ellos que su propietario. Se presenta en sociedad como un criminal delante de una corte de justicia; su mismo aire lo condena, y las gentes distinguidas no se sienten más dispuestas á ligarse con el uno, que las de honor

Qu'une noble simplicité
En fasse l'ornement, la grâce et la richesse.

(PAVILLON.)

con el otro. Esta repulsa lo sumerge en la baja compañía, abismo de donde ningún hombre, pasado cierta edad, jamás ha salido.

Los modales nobles y desembarazados, el aire de hombre de condición, el tono de la buena compañía, las gracias, el *no sé qué* que agrada, son cosas tan necesarias para hermoear y dar valor al mérito y al saber, como el bruñido es al diamante, que sea cual fuere su tamaño no se usa si no está pulido. No te imagines que estas prendas sólo son útiles cerca de las mujeres, lo son también, y mucho más, para con los hombres. Qué ventaja tan grande no tiene un orador en una asamblea, por su graciosa manera de expresarse, su bella figura, su aire desenvuelto, sobre otro que con igual sensatez y conocimientos carece de estos accesorios. ¡Cuánto no prevalecen las gracias en los negocios! ¡Cuán perjudicial no es la falta de ellas! Yo he conocido hombres que por medio de estas prendas negaban favores con menos ofensa que otros concediéndolos. Es increíble lo útiles que son todos estos atractivos en las cortes y en las negociaciones. Ganarás los corazones de nueve entre diez personas con quienes tuvieres que tratar, y por consiguiente, te harás dueño de sus secretos, á despecho de su prudencia, que nueve entre diez veces será chasqueada por sus sentidos y sus corazones. Considera cómo conviene la importancia de todas estas cosas, y no querrás perder un solo momento para conseguirlas.

Viajas actualmente en un país que las armas y las artes hicieron tan famoso en otro tiempo, que por degenerado que se halle al presente, merece sin embargo, toda tu atención. Examínalo, pues, con cuidado, comparando lo que es con lo que fué, é indagando las causas de su elevación y de su decadencia. Considéralo doblemente, como clásico y como político, y no lo recorras ocupándote de música y de fruslerías, como lo hace el mayor número de tus compatriotas. Por Dios te ruego que no haya flauta ni violín; tampoco pierdas los días con los ojos clavados sobre imperceptibles *intaglios* y camafeos ni te vuelvas *virtuoso* de bagatelas. Forma tu gusto, si te place, sobre pintura, escultura y arquitectura, examinando atentamente las obras de los mejores artistas antiguos y modernos; estas son artes liberales, y cae muy bien que un joven instruído tenga de ellas un gusto y un conocimiento verdaderos: pero pasados ciertos límites, el hombre de gusto termina y el frívolo *virtuoso* comienza.

Tu amigo Méndez, el buen samaritano, comió ayer conmigo. Tiene más generosidad y buen corazón que cabeza, lo cual no

obsta para que yo le manifieste todas las atenciones que justamente merece el cariño que te tiene. Me dijo que tu estatura es ya mayor que la mía, de lo cual me alegro. Deseo que también me aventajes en cualesquiera otras cosas, cuya superioridad, lejos de apesadumbrarme, me llenará de gozo. Hizo mil elogios de tu amigo M. Stevens; y como otras personas me han hablado ya de este sujeto, no puedo menos de alegrarme de tus conexiones con él. Cuando encontrases en países extranjeros ingleses de esta especie, que por su clase ó talentos anuncien que han de figurar en nuestro país, te aconsejaría que cultivases su amistad é hicieses de modo que trajesen buenos informes de ti, principalmente aquellos que deben regresar antes que tú. Sir Ch. Williams te ha subido aquí sobre las espumas, según la expresión común: si tres ó cuatro personas de igual mérito hacen lo mismo antes de que vengas, tu primera aparición en Londres será de lo más ventajosa. Muchas gentes toman las cosas como se las dan, y hacen muy bien: otras en número menor, que podían juzgar por sí mismas, se dejan arrastar; y hay muy pocas que se atrevan á oponerse á una reputación establecida. Á Dios.

LONDRES, 2 de Octubre de 1749.

MI QUERIDO HIJO.

Al recibo de la presente, y tan pronto como pudieres convenientemente hacerlo, te pondrás en camino para Roma, adonde no llegarás muy temprano para el jubileo, vistas las dificultades que allí hay en esta temporada, para encontrar alojamiento y demás comodidades. Dejo á tu elección el camino; pero de ninguna manera consiento en que salgas de Roma después del jubileo, como parece das á entender en tu carta; al contrario, quiero que Roma sea tu cuartel-general, durante seis meses por lo menos, hasta que no hayas adquirido en cierto modo el *jus civitatis*. Hay más cosas que ver y aprender en esta ciudad, que en ninguna otra de Europa. Allí encontrarás los mejores maestros para instruirte, y las mejores compañías para pulir tus maneras. En la primavera puedes, si es de tu gusto, hacer frecuentes excursiones á Nápoles, pero Roma deberá ser siempre tu cuartel-general, hasta que los calores de Junio te fuercen á salir de allí para otro lugar de Italia que elegiremos entonces. En cuanto á los gastos de que me

hablas, no son para mí de ninguna consideración: desde tu infancia hasta el día, no me ha pesado hacer ningunos desembolsos por tu educación, y aun menos ahora que han llegado á ser más importantes y decisivos: atiende al objeto de ellos y no á las sumas; y ciertamente que no pagaré un ochavo para que pierdas tus narices, tu dinero ó tu razón; es decir, que no contribuiré para mujeres, para juego, ni para bebida; pero sí ministraré con el mayor gusto, no sólo lo necesario, sino cualquiera gasto decente que pudieres hacer: nunca me informo de lo que cuestan los mejores maestros, y quiero que te halles tan bien vestido, alojado y servido, como cualquiera hombre de condición en sus viajes; quiero que poseas siempre el dinero suficiente para los gastos de un *caballero*; finalmente, no te prohibo gasto alguno con tal que no tenga por objeto el vicio ó la locura, y bajo este doble supuesto, libra contra mí y pagaré.

Por lo que hace á Turín, podrás ir después á esta ciudad por uno ó dos meses; pero no conviene que residas allí como académico, por las razones que comuniqué tiempo há á M. Harte, y que M. Villetes, después de su regreso aquí, me ha expuesto en términos aún más fuertes de los que usó en sus cartas de Turín; de las cuales envié copias á M. Harte, aunque probablemente no las recibió.

Después que hubieres dejado á Roma, Florencia es uno de los lugares que desearía conocieses perfectamente. No ignoro que se juega allí mucho; pero también sé que por todas partes hay gentes que tienen, ó muy poco dinero, ó mucha sensatez, para jugar más allá de bagatelas. Con estas personas puedes asociarte, si, como se me ha dicho, no tienes la menor inclinación al juego. Además, en lugares sospechosos como Florencia, Turín y París, atenderé un poco más á tus libranzas, y aquellas que montaren á más de lo que permite un gasto conveniente, no serán pagadas; porque yo puedo fácilmente conocer, sin necesidad que me lo digan, si juegas ó no.

M. Harte trazará tu camino á Roma como mejor le parezca, sea costeando el Adriático ó el Mediterráneo, lo cual es igual para mí; pero siempre tendrás cuidado de volver por diferente camino del que tomaras á tu ida.

Puesto que tu salud se halla tan restablecida, no siento que hayas vuelto á Venecia, porque yo amo las capitales, en las que todo es mejor, mejores maestros, mejores compañías y mejores maneras. Muchos otros lugares son muy dignos de verse, pero